

EL AMOR

Antonio Medrano

www.antoniodedrano.net

El Amor es la poderosa palanca que mueve el mundo. Dante Alighieri ve en el Amor la fuerza “que mueve el Sol y las demás estrellas”. Todas las doctrinas espirituales insisten en la importancia de esta fuerza elemental y suprema, cósmica y divina. Según la enseñanza unánime de la Tradición o Filosofía Perenne, la Sabiduría y el Amor son los pilares que sostienen el Orden universal. Son los dos grandes resortes que hacen posible la existencia humana, haciendo que sea auténticamente humana.

Ahora bien, una vez admitida o reconocida en principio la importancia fundamental del Amor, surge la pregunta: ¿qué es en realidad el Amor? ¿Cómo puede ser definido y cuáles son las condiciones que ha de reunir y los elementos que lo hacen posible?

Se habla mucho de amor, pero pocas veces se hace el esfuerzo de definirlo y ver exactamente en qué consiste, para distinguir el verdadero amor del amor falso y engañoso (que puede llegar a denigrar al ser humano, llevándole a destruir y matar). Hay, en verdad, amores que matan.

Se confunde el Amor con cosas que no tienen nada que ver con él o, peor aún, constituyen su antítesis: el afán posesivo y despótico (creer que el ser amado es propiedad privada nuestra), los celos y la pasión ciega, la obsesión sexual, el cariño invasor y anulador de la personalidad del otro, la amabilidad desconsiderada e irrespetuosa, etc.

Se podrían dar cinco definiciones del amor, que nos desvelan en realidad cinco aspectos de esta inmensa fuerza humana, cósmica y divina:

1.- Fuerza unitiva. Tendencia a la unión y la unidad. Impulso emotivo y afectivo, energía volitiva y fuerza magnética de atracción que une cosas separadas o distanciadas. Resorte interno que hace que se aproximen para entenderse seres alejados (que tal vez se ignoran o no se conocen, que quizá se miran con hostilidad, timidez o desconfianza). Fuerza que acerca, que vincula, que enlaza, que forja lazos sólidos, que liga y ata: ata y libera; ata para dar más altas cotas de libertad y para situar a los seres que anima en niveles más elevados de vida. El Amor integra, coordina, armoniza, incorpora, concilia, cose e hilvana, restaura, compone y recompone, completa y perfecciona; es yugo (o yoga) que unce, junta y ayunta a dos o más seres, poniendo en conjunción sus vidas y haciéndoles vibrar al unísono. El Amor crea unidad: unifica por dentro y por fuera; une y reconcilia polos opuestos; armoniza extremos que podrían chocar o entrar en conflicto. El Amor de dos vidas hace una. El odio y el desamor, en cambio, provocan desunión, separan y dividen, distancian y enfrentan; si el amor suma, adiciona, agrega y aumenta, el desamor resta y disminuye, merma y sustrae.

2.- Búsqueda del bien. Anhelar el bien para aquello (persona o cosa) que se ama: lo que realmente es su bien, y no un bien falso, aparente e ilusorio (que acabará siendo un mal, algo que le perjudicará). Querer y desear ante todo el bien, todo lo

bueno, incluso lo mejor, por mucho que cueste, buscándolo de manera objetiva, rigurosa y sincera. El bien es el fin, la meta, la razón de ser, el móvil o motivo y el objetivo inspirador del Amor. De ahí que la bondad y lo bueno constituyan el humus o terreno en el que florece el Amor, el cual se manifiesta en todo aquello que deriva del bien y de lo bueno: *benevolencia* (querer bien y querer el bien), *beneficiar* y *beneficencia* (hacer bien y hacer el bien), *bendecir* y *bendición* (“decir bien” de algo o alguien, derramar el bien por medio de la palabra, el gesto o la mente sobre alguna persona o cosa).

3.- Capacidad de entrega, donación, abnegación, servicio y sacrificio. Disposición a servir al prójimo y serle de utilidad. Tener en cuenta al otro como si fuera uno mismo, anteponiendo incluso su interés o su bienestar al propio. Contar con él, tenerle siempre presente y estar pendiente de él, viviendo en él y para él, desviviéndose por servirle y complacerle. Amar es complacer, placer compartido, dar placer al prójimo con agrado; búsqueda erótica del otro para servirle, para entregarse a él e incorporarlo a la propia vida.

4.- Potencia creadora, forjadora de realidad, profundamente renovadora, engendradora de realidad nueva. Fuerza creativa que lleva a imaginar la realidad amada, captando sus posibilidades recónditas y actuando con tacto para ayudar a que emerjan, se manifiesten y se realicen, de tal modo que dicha realidad amada quede transformada y llegue a ser lo que está llamada ser. En el Amor está la clave y el secreto de la creatividad. El Amor es la fuente de la auténtica creatividad (eso que hoy tanto se echa a faltar, que sufre una alarmante crisis).

5.- Principio de vida: el Amor crea vida; hace surgir vida allí donde no la había; despierta, potencia y realza la vida; restaura y sana la vida enferma, sofocada, alterada o anulada; vivifica la existencia; estimula las energías vitales. Nos hace vivir de verdad; da vida al vivir anodino, inerte e inane que suelen arrastrar los seres humanos; hace que nuestra vida mortecina (que muchas veces no es más que muerte en vida, un sinvivir) se vuelva verdadera vida; nos ayuda a rescatar y proteger la vida de las fuerzas de muerte que la amenazan. No hay vida sin amor. No hay resorte vital que pueda compararse al amor. “Cada vez estoy más convencido de que el misterio del amor coincide con el misterio de la vida”, escribía Franz von Baader, gran pensador y teólogo del siglo XIX, llamado “el filósofo del amor” (en alemán existe una significativa similitud entre las voces *Lieben*, “amar”, y *Leben*, “vida, vivir”).

Para que exista auténtico amor, amor pleno y sólido, tienen que darse de forma unitaria y conjunta esos cuatro elementos, sin que falte ninguno de ellos. De lo contrario, será un amor cojo, mutilado, equivocado o mal orientado, incluso negativo y dañino.

No puede haber tendencia unitiva, impulso hacia la unión, si no se busca el bien o se menosprecia la bondad. No se puede querer el bien sin vivir en la unidad o sin tender a ella. No puede haber creatividad y vida auténticas si no hay voluntad integradora, deseo de ligar y unir. Nadie puede servir, entregarse y sacrificarse sin haberse unido internamente, sin haber integrado sus fuerzas en torno al eje del Bien.

Quien dice Amor dice voluntad, benevolencia, deseo bien orientado, decisión, buena disposición, disponibilidad, buen ánimo, bondad difusiva, apertura del alma, afecto y cariño,

simpatía, cordialidad, compasión, tacto y ternura, respeto y consideración, compromiso, libre vinculación y sumisión, fidelidad, devoción y dedicación, pasión y entusiasmo, implicación interior en las cosas (en las tareas y empresas a realizar), emoción inteligente y contenida, expansión afectiva, poesía vivida, asunción de valores, impulso activo en beneficio de otros, alegría emprendedora, ímpetu realizador, desinterés fervoroso (fogoso o apasionado), positividad ante la vida, respetar y apreciar el valor de las cosas, estar dispuesto a renunciar, sentimientos nobles, emotividad sana, actitud oblativa, sentido del deber y la responsabilidad, actitud afirmadora, inclinación a mejorar el mundo.

El amor vigoriza y renueva la existencia, crea paz y armonía, forja personalidad y comunidad, nos hace buscar el bien propio y ajeno.

Dentro del Amor entra, por supuesto, el amor a uno mismo. Con razón se ha dicho que el amor bien entendido (o la caridad bien entendida) empieza por uno mismo. Quien no se quiere, quien no ha aprendido a quererse como es debido, difícilmente querrá a alguien tal y como ese alguien deba ser querido. Uno no puede amar a otro si previamente no se ama a sí mismo (desea su propio bien y se esfuerza por alcanzarlo, busca su unidad personal, crea y recrea sin cesar su propia vida, va conquistando sin cesar valores). No se puede dar lo que no se tiene: no puedo dar amor si no lo tengo dentro de mí, en y para mí mismo, hacia mi propio ser.

¿Qué supone, exige o lleva consigo el Amor? El Amor, que puede presentar distintas formas y diferentes niveles, se traduce en una serie de cualidades y actitudes positivas, como las siguientes:

- 1) buena voluntad y voluntad fuerte (firme y enérgica); sólo la voluntad fuerte es buena; una voluntad débil será por fuerza una mala voluntad, deficiente o inservible. Energía volitiva que venza a la noluntad, la abulia, la indiferencia y la indolencia. Amar es querer, y el querer es un acto de la voluntad. Amar de forma plena consiste en armonizar el querer y el desear, orientándolos de forma serena y ordenada hacia el bien (lo beneficioso, lo útil, lo provechoso, lo honesto y deleitable).
- 2) anhelo de lo mejor: voluntad y deseo de alcanzar la excelencia, lo óptimo en cualquier terreno. Decidida voluntad de mejorar uno mismo (en todos los órdenes: en lo profesional y en lo personal, en lo intelectual y emotivo, en lo moral y espiritual), y de ayudar también a los demás para que mejoren y se eleven como personas, abandonando la inercia y la incuria en que de ordinario se suele vivir. En este sentido, el Amor viene a ser impulso hacia lo alto, fuerza anagógica o sátvica que tira de nosotros hacia arriba.
- 3) deseo de abrazar y ser abrazado; anhelo de abarcar la realidad, en cualquiera de sus formas de manifestación, y especialmente en su modalidad personal. Abrazar y abarcar la realidad que nos rodea para fundirnos con ella, de tal modo que nos llene, nos transmita toda su riqueza, y nosotros también podamos transmitirle la riqueza que llevamos dentro. Abrazar la realidad para salvarla y ser salvados por ella, a través de ella y junto con ella.
- 4) inclinación a dar y darse: dar lo mejor de sí; preocuparse más por lo que uno puede dar que por lo que uno puede recibir. Y dar con desprendimiento, sin esperar nada a cambio, sabiendo también recibir con humildad y generosidad, para no ser

nosotros los únicos que damos, sino dando también a los demás la posibilidad de darnos, para que así puedan disfrutar del placer de dar, con todo lo que este dar conlleva de enriquecimiento y afirmación del propio ser.

5) impulso que nos lleva a compartir, a hacer a los demás partícipes de lo nuestro, de lo que somos, hacemos y tenemos: nuestras actividades y quehaceres, nuestros conocimientos, nuestras ilusiones y aficiones, los bienes y dones con que hemos sido agraciados. Quien no comparte y reparte, demuestra que ama poco, aun cuando se le llene la boca hablando de “amor”. La persona que ama sabe que cuanto más comparte, más tiene.

6) decisión en lo que se afirma, se cree, se proyecta y se emprende. El indeciso no puede amar en serio, no es capaz de adoptar o sostener una actitud amorosa; ante la menor dificultad, se derrumbará. La duda, el titubeo, la vacilación y la inseguridad indican una falta de convicción y, por tanto, una deficiencia amorosa, un déficit de amor. Para amar de verdad es necesario tener una fe firme, una seguridad en la fuerza del propio amor y una confianza en los seres y cosas que amamos. No se puede amar sin confiar. Quien ama confía en todo aquello que el amor presenta ante sus ojos, en todo cuanto el amor le ofrece y le exige.

7) vínculo y compromiso. Disposición a vincularse, a aceptar deberes y obligaciones, a limitar la propia libertad por el bien propio y ajeno. Comprometerse firmemente con los propios ideales, principios y convicciones; comprometerse con quienes nos rodean y comparten con nosotros esos ideales, principios y convicciones. Y, por supuesto, mantener con fidelidad y lealtad los compromisos contraídos; no traicionar a las personas y las cosas (principios, ideales, valores, realidades) con los que estamos comprometidos.

8) entregarse de lleno a la tarea a realizar, sea esta la que fuere; llevarla a cabo con ilusión y entusiasmo, con el máximo esmero y cuidado. Amor = “esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella” (DRAE). Todo lo que hagamos en la vida debemos hacerlo con amor. Como decía Teresa de Calcuta, “lo importante no es hacer pocas o muchas cosas, hacer cosas relevantes o insignificantes, sino hacerlas siempre con amor”. Por pequeña que sea la acción o labor que estamos realizando o vamos a realizar, tendríamos que hacerla con plena consciencia, de forma sabia y amorosa.

9) atender y dedicarse con devoción a quienes nos debemos, a todos aquellos con quienes estamos vinculados o en deuda. Atender y dedicarse asimismo desinteresadamente a aquellas tareas y actividades (estudio, lectura, ejercicio, conversación, etc.) que nos aportan un valioso caudal formativo, preparándonos para avanzar en la vida y para cumplir mejor nuestra misión.

10) apertura del alma y de la mente: actitud cordial, con puertas y ventanas abiertas, para que en nosotros pueda entrar lo que nos viene de fuera (mensajes, ideas, gestos, signos, emociones, bellezas, oportunidades, caricias, etc.). Abrir el propio corazón rompiendo el aislamiento y la cerrazón del propio ego, que están motivados por el miedo, la desconfianza y el odio o el desamor.

11) propensión a abrirse al otro, a recibir lo que nos envía o nos pueda enviar (quizá sin ser plenamente consciente de ello: su mensaje vital) y a sentir lo suyo como nuestro: dolerse y alegrarse con él, ponerse en su piel, acogerle como si fuera parte de nosotros mismos. Lo cual quiere decir empatía, o sea, penetrar en su vida interior y participar en sus sentimientos y emociones, sintiéndolos como si fueran propios (*em-* = dentro, meter; *pathos* = pasión, sentimiento o emoción). Para ser pleno, el amor tiene que ser empático.

12) disposición a la ayuda y a la colaboración, inclinación a participar con los demás en tareas vitales, sugestivas o ilusionantes. Dejar a un lado el ego, el afán de protagonismo o el deseo de significarse y destacar por encima de los demás. No regatear nuestra participación, ayuda o cooperación, salvo que motivos de rango superior así lo exijan.

13) estar disponible para el prójimo cuando requiera nuestro apoyo y en todo aquello que de nosotros pueda necesitar. No hacerse el remolón ni buscar excusas para evadirse y no tener que acudir en su auxilio. No ser antipáticos ni demasiado reservados: tener siempre una reserva, tanto de tiempo como de interés y atención, para quien pueda necesitar de ella en un momento determinado.

14) ánimo servicial y solícito. Estar siempre dispuesto a servir a los demás y a hacer lo que haya que hacer (lo que sea necesario y conveniente en cada situación), y hacerlo además con buen ánimo, con optimismo y temple alegre. Procurar ser de utilidad al prójimo, sin importunarle, aturdirle ni avasallarle, respetando en todo momento su libre voluntad y su espacio vital. Sentir el placer de servir y ser útiles. Disfrutar sirviendo, ayudando y atendiendo a los que tengamos cerca.

15) generosidad, capacidad de entrega desinteresada y de sacrificio: sin darle importancia y sin que cueste hacerlo, sin esperar recompensa, compensación ni gratitud. Hacer las cosas con desapego, practicando la alta ética de una impersonalidad activa. El ideal del *Karma-Yoga* o “Yoga de la acción”, tan próximo al del *Bhakti-Yoga*, el “Yoga del amor” o “Yoga devocional” (el Yoga del amor y la devoción a Dios).

16) actitud oblativa. Concebir la propia existencia con un sentido de oblación, de ofrenda, de sacrificio o inmolación. Ofrecer y ofrecerse. Hacer ofrecimiento de la propia vida. Hacer de nuestra propia vida una continua ofrenda, ofreciendo a los demás lo mejor que podamos ofrecer, nuestra misma vida, e inmolándonos a su servicio a través de nuestro proyecto vital. Transformar el propio vivir en un desvivirse por el bien de todos, cumpliendo nuestro deber en una vivencia en la que el cumplimiento del deber se une a estado de ánimo ilusionado: se cumple el deber con ilusión y alegría. La ausencia de alegría denota una falta de amor.

17) afirmar la vida, con todos los dones, valores y riquezas que contiene. Afirmación de la vida, del mundo y del ser a pesar de todos los pesares (no obstante los sufrimientos y sinsabores que la existencia lleva consigo), tratando de descubrir su sentido (el sentido de la vida) o, dicho de otro modo, esforzándose por crear y poner sentido en el propio vivir. El Amor implica la superación de cualquier expresión, pulsión o manifestación de negatividad.

18) interesarse por todo aquello que merece la pena, que es noble y valioso, y puede enriquecer por consiguiente tanto nuestra propia vida como la del prójimo. Apremiar, buscar y cultivar con ahínco todo lo bueno, bello y verdadero, en suma, todo aquello que contribuye a tener una vida más plena, más profunda y auténtica, más libre y feliz.

19) pasión, ímpetu, entusiasmo, fuego interior (estimulante y enardecedor). El amor se traduce en pasión por aquello que se ama, un fuego cálido y entrañable que da vida a todo lo que toca y tiene ante sí. Entraña un actuar apasionado y erótico que se vuelca en todo aquello que es digno de ser amado. Quien ama no puede menos de poner pasión en lo que hace, en lo que piensa y dice, en las convicciones e ideales que guían su vida, en las cosas que despiertan su interés o atraen su atención. Es la pasión noble y lúcida que va ligada a la grandeza. En la vida no se puede hacer nada grande sin pasión.

20) tratar con amabilidad, con exquisito tacto y ternura, a todos los seres que nos rodean. Adoptar hacia ellos una actitud educada, atenta, respetuosa y afable, en la que impere la cortesía y las buenas maneras (por mucha confianza o intimidad que haya). Darles un buen trato, un tratamiento suave, tierno y cuidadoso (curativo) como el tratamiento que daría un buen médico o sanador al paciente o enfermo que ha de curar (o cuidar). Extremar la afabilidad y la delicadeza para no herirlos ni violentarlos en el roce existencial que conlleva inevitablemente la convivencia. Sufrir con paciencia sus flaquezas y defectos. Usar la violencia únicamente cuando sea completamente indispensable, y poniendo buen cuidado en que sea entonces una violencia legítima, mesurada, no demasiado dura ni rígida, suavizada por el cariño y el respeto, atemperada por la equidad y el buen juicio.

21) ser duro cuando hay que actuar con dureza y ser blando cuando hay que actuar con blandura, siempre en función del bien del ser querido. Para ello hay que saber violentarse, y estar dispuesto a ello, cuando la ocasión requiera adoptar una actitud o postura que no es la que nos gustaría o la que adoptaríamos de forma espontánea (la que resulta más connatural a nuestro temperamento).

22) sentir compasión hacia los seres que sufren (humanos y no humanos), pero también sentir alegría con quien se alegra, disfrutar con quien disfruta, ser feliz con quien es feliz y le van bien las cosas (justo lo contrario de la envidia). Ser receptáculo o espejo en el que se reflejan, a la vez con fidelidad y pureza, los bienes y males que suceden a los demás. Entra aquí en juego la simpatía, en la significación etimológica de la palabra: del griego *sym-pathos* (*sym* = con, juntos; *pathos* = pasión, sentimiento), capacidad para sentir o padecer con los demás, *pathos* o pasión en común, sufrir o alegrarse juntos.

23) apreciar, estimar, valorar y considerar. Amar es apreciar, sentir afecto y aprecio por algo o alguien. Es saber estimar y apreciar el alto precio de las personas y las cosas (valores, realidades, acontecimientos y hechos de la vida). Tener consideración para con todos y hacia todo. Amar es apreciar y no despreciar ni menospreciar. No despreciar nada ni a nadie, no mirar nunca a nadie por encima del hombro ni creerse superior a los demás; superar cualquier tentación de soberbia o

de endiosamiento narcisista.

24) atraer y sentirse atraído. El amor es una fuerza magnética que atrae de manera irresistible, generando una corriente o tensión erótica que resulta enormemente creativa y que es capaz de unir, fundir y soldar vidas o realidades. Es como un imán que nos hace sentirnos atraídos y a cuyo poder de atracción no nos podemos resistir (en francés, se usa la misma palabra para decir “imán” y “cariñoso”: *aimant*, literalmente “amante” o “amando”, derivado del verbo *aimer*, “amar”). Amar es sentirse seducido, asombrado y fascinado, por el encanto de la realidad, por su poder mágico y por el misterio que la envuelve (lo que se hace especialmente patente en el caso de la realidad personal). El amor resulta siempre atractivo (poderosamente atractivo, por la fuerza de su bondad y su belleza) y genera atractivo, mezcla de gracia, magia y candor: una persona resulta atractiva, tiene encanto personal, en la medida en que su vida está guiada, inspirada y animada por el amor.

25) actitud comunicativa, postura dialogante. Amar significa estar en continua comunicación con cuanto nos rodea. Es hablar y escuchar, expresar los propios sentimientos y emociones, y al mismo tiempo prestar oído a lo que los demás tienen que decirnos, estimulándoles para que también ellos se expresen y nos comuniquen y transmitan sus vivencias. La vida humana es comunicación, conversación y diálogo. Vivir --y más aún el convivir-- es comunicarse, usar la palabra como vehículo de unión. La palabra, medio de expresión y signo más puro de lo humano, es el medio que usa el amor para manifestarse, actuar y realizar las diversas funciones que le son propias (unitiva, creativa, vivificante, humanizante, donante y servicial, benefactora y bendecidora). Aunque en la palabra o, lo que viene a ser lo mismo, en el lenguaje, hay que englobar todas aquellas formas a través de las cuales el hombre habla y se comunica de forma sumamente elocuente y expresiva: así, por ejemplo, la palabra escrita, el lenguaje corporal, el lenguaje del gesto, el lenguaje de los signos y símbolos, incluso el lenguaje de los silencios (que pueden llegar a ser no sólo elocuentes, sino hasta clamorosos).

26) encuentro, concordia y entendimiento recíproco. Amar significa ir al encuentro del otro. Salir a su encuentro, saliendo del propio mundo egocéntrico. Es esforzarse por entender al que tenemos en frente o a nuestro lado, tendiendo puentes para concordar (*con-cordis*: armonía y sintonía de corazones) y establecer una sintonía; no desentendernos de él, sino procurar entenderle, interesándonos por sus problemas, creencias, convicciones, ideales, aficiones, ilusiones e inquietudes. Amor es todo lo contrario de desencuentro, rechazo, antipatía, huida o alejamiento, negativa a escuchar o recibir (al otro y lo suyo); supone un salir de mí mismo, dejando de obsesionarme por el “yo y lo mío” (la actitud egocéntrica que nos tiene generalmente esclavizados y está en los antípodas del verdadero amor).

Sobre el encuentro y el desencuentro

Cuando dos personas no se entienden y no llegan a encontrarse, viviendo en un más o menos hostil desencuentro, es porque falta amor: seguramente amor al prójimo, y también amor a sí mismo (sustituido por el “amor propio”, entendido como soberbia, engreimiento, orgullo desmedido, egocentrismo), pero además amor a los

valores y a todo lo valioso, amor a la verdad, amor al bien, amor a la vida, amor a lo real.

Conviene tener siempre presente, por otra parte, que el amor bien entendido, inteligente y sabio, hondo y sincero, se extiende también a los contrarios, a los adversarios y enemigos (idea que suele entenderse bastante mal y practicarse peor). Nada puede estar excluido del amor. Nada puede quedar fuera de esa voluntad de encuentro y entendimiento, así como de ese anhelo de bien y bondad, que implica la inclinación amable, amante o amorosa.

¿Quién, siendo inteligentemente amable o amablemente inteligente, no deseará el bien de su enemigo, que pasa forzosamente por la transformación de su persona, con la consiguiente eliminación de las causas de su enemistad? Esto último, suponiendo que tales causas estén de su lado y no del nuestro.

Lo cual no quita para que al enemigo se le combata con la máxima energía y de forma implacable, sobre todo cuando están en juego los más altos y fundamentales valores. Esto es, cuando el enemigo lo es porque ataca, vulnera o amenaza valores como la Verdad, el Bien, la Belleza, la Justicia, la Libertad y la Vida. Aunque, en tal caso, el amor se ocupará de que ese combate se lleve a cabo siempre con nobleza, dignidad y ecuanimidad.

En la forma más alta del encuentro desaparece la barrera entre el yo y el no-yo, esa frontera separadora que condiciona nuestra mentalidad y nuestro entero vivir. Se llega a percibir que todo forma parte de uno mismo, que el otro y lo otro forman parte de mi persona, de mismo ser; pues, como decía Ortega y Gasset, “yo soy yo y mi circunstancia”. Lo otro o el no-yo son ingredientes de mi circunstancia y, por lo tanto, se integran en mi ser, en lo que yo soy. Por eso, para salvarme o liberarme yo, tengo que salvarles o liberarles a ellos (siguiendo la argumentación de Ortega); para encontrarme a mí mismo, tengo que encontrarles a ellos, encontrarme con ellos. Se abre un camino de unidad --la unidad entre el yo y el no-yo, entre sujeto y objeto, entre lo de dentro y lo de fuera--, como corresponde a la esencia del amor.

Mi bien no es algo que yo pueda gozar aislado, separándome del resto de los seres, como si yo fuera una isla sin relación alguna con el entorno. Mi bien depende del bien de los demás, del bien del otro o del no-yo; va ligado al bien de cuantos me rodean. Cuando lucho y trabajo por el bien ajeno estoy en realidad luchando y trabajando por mi propio bien, aunque por desgracia no sepamos verlo así. Cuando ocasiono algún mal a los demás, cuando daño al entorno en el que me muevo, no estoy en realidad sino dañando y causando un mal a mí mismo.

El amor nos prepara ante todo para el encuentro con la realidad, encuentro básico y fundamental. Y, en particular y de un modo especial, propicia y prepara el encuentro con esa parte tan importante de la realidad que somos nosotros mismos; realidad propia, personal, la más próxima y esencial, de la que solemos estar tan alejados, tan ausentes, viviendo incluso enfrentados o enemistados con ella. El amor nos encamina hacia el encuentro con nuestra realidad más íntima; encuentro de la mayor trascendencia, pues condiciona el resto de los posibles encuentros que se den en nuestra vida.

Para amarnos a nosotros mismos, tenemos primero que encontrarnos. Y encontrarnos significa conocernos y entendernos: comprender quién somos, cómo está estructurada nuestra persona, cuáles son los elementos y niveles de realidad que integran nuestro ser, de dónde venimos y adónde vamos, qué pasa dentro de

nosotros, para qué vivimos, qué significa lo que nos sucede a lo largo de la existencia, cuál es nuestro destino y misión en esta vida. Pero no nos encontraremos --una vez más el círculo virtuoso o vicioso, según cada caso, que se retroalimenta--, si no nos amamos, si no nos queremos y si no queremos de verdad el encuentro con la realidad. ¿Cómo vamos a encontrarnos, si no queremos buscarnos ni ser encontrados, aunque nos hagamos los encontrados y simulemos estar deseando saber de nosotros mismos?

El encuentro exige siempre una firme voluntad de encuentro que rompa decidida y amorosamente cualquier desencuentro, distanciamiento o alejamiento que pudiera existir. Supone, como paso previo, un querer encontrar, dando así los pasos necesarios para poner fin a la pérdida o extravío que antes se daba. Situación, esta última, que es la que sufre quien se siente perdido en medio de la existencia, solo y aislado entre la masa, extraviado y aturdido por el mundanal bullicio y por el ajetreo de una vida falsa y superficial completamente volcada hacia la exterioridad.

*El Amor es, junto con la Sabiduría, la mayor bendición para el mundo.
No hay verdadero Amor sin Sabiduría. No hay verdadera Sabiduría sin Amor.*

Si el amor es una gran bendición, el amor mal entendido llega a convertirse en una auténtica maldición.

El amor erróneamente enfocado da lugar a expresiones aberrantes, generadoras de dolor y sufrimiento.

Franz von Baader:

“El amor es don y misión” (*Liebe ist Gabe und Aufgabe*).

“El amor es el auténtico principio organizador y articulador, que mantiene en unidad la multiplicidad y abundancia, haciendo que esta unidad se amplíe y expanda hasta alcanzar la plenitud”.

* * * *

LA ACCIÓN TEJEDORA DEL AMOR

Nuestras vidas --nos demos cuenta de ello o no-- están cosidas por el Amor. El Amor zurce con un hilo sutil y delicado pero fuerte y poderoso sus diversas partes y elementos para que en ella, en vez de dispersión, tensión y conflicto, haya unión, paz y armonía. Este hilo unitivo, enhebrador, coordinador y articulador, es el hilo vital del sentido, ese fluido misterioso que permite comprender y apreciar el significado de las cosas, así como captar el lugar que ocupan y la función que desempeñan dentro del Todo o del Orden universal. Es el Amor o Eros, que toca las fibras más sensibles de nuestro ser, quien da un toque intuitivo, iluminador, concienciador y sensibilizador, a nuestro vivir. Es el Amor quien,

haciéndonos receptivos y despertando nuestros mejores instintos, pone la hebra indispensable para que nuestra vida sea una cordial conversación con la realidad que nos rodea; conversación o plática con un sólido y apasionante argumento, mantenida por un cálido y lúcido hilo conductor, rebosante de sentido y significación; diálogo vivo, espontáneo y sincero, en el que la realidad nos habla, nos interpela e interroga, nos formula preguntas y nos pone deberes, y en el que nosotros respondemos con nuestro actuar más o menos certero a lo largo de la vida, procurando dar una respuesta correcta, sensata, justa y recta, sabia o al menos inteligente, amable y responsable (“responsabilidad” viene precisamente de “responder”). Procuramos cumplir los deberes que nos corresponden, siguiendo el hilo cálido y dorado del Amor, ateniéndonos a lo que él nos indica y aferrándolo bien y con cuidado para no perderlo y para que no se rompa.

Para vivir y para amar hay que hilar muy fino. Hay que saber mantener de forma ágil y sincera esa conversación existencial, ese intercambio de la palabra con el mundo, con la realidad y con la vida, hilvanando deberes y quehaceres, pues sólo así evitaremos quedar incomunicados, hundiéndonos en un monólogo estéril, irracional o ininteligible, monótono y aburrido. De romperse el hilo de la cálida conversación vital que todo ser humano necesita, quedaríamos incomunicados, para empezar, con nosotros mismos, perdidos en un soliloquio o diálogo autorreferente y egolátrico que es en realidad un anti-diálogo; un soliloquio éste, que por ser destructor de todo diálogo, que viene a traducirse en soli-locura. Quien se entrega a tan insensato y enfermizo hábito monologante acaba llevando una vida soli-locoide, mono-loca y mono-maniática; o sea, conduciéndose como loco a solas, como demente en aislamiento y soledad.

Cuando en nuestro ser se impone el desamor, cuando en él irrumpe un falso amor o se deja llevar por el anti-amor, nuestras vidas quedan descosidas, deshilachadas y deshilvanadas; se vuelven opacas, perdiendo en calidad, sufriendo un proceso de caída y entrando en una grave crisis. Se rompe ese diálogo o conversación que constituye el entramado del vivir y convivir, y nos encontramos totalmente aislados, separados de todo, incapacitados para usar adecuadamente el hilo luminoso de la palabra, y sumidos por tanto en un autismo o un mutismo insalvables (otra de las formas extremas que puede adoptar la actitud separativa y monológica: con poca lógica y mucho *monos*, esto es, mucho “de uno solo”, demasiada soledad, exceso de aislamiento y desconexión). Caemos entonces en la irresponsabilidad y la arbitrariedad, en el comportamiento caprichoso, voluble y antojadizo, como si fuéramos niños mimados, creyendo que podemos hacer lo que nos dé la gana. Pensamos neciamente que no hay normas ni deberes, que todo da igual, que cualquier respuesta que demos a la vida y a la realidad es válida y no va a traer consecuencias.

Sin el amor, nuestro vivir y nuestra individualidad dejan de ser dialogantes, lo que es tanto como decir que dejan de ser humanos o se tornan inhumanos. Dan la espalda a la Ley de la vida, al fundamento del orden y a la fuerza que nos humana. Y como consecuencia se hunden en la miseria (miseria moral y existencial), se abisman en el caos y las tinieblas, se desmoronan, se descomponen y desintegran, pierden ilación y unidad, se ven invadidas por la negatividad, por el absurdo y el sinsentido. Y esto vale tanto para la existencia individual como para la social y colectiva, según podemos comprobar por desgracia a diario.

Voy tejiendo mi vida con acierto en la medida en que escucho la dulce y potente voz del Amor, que resuena no sólo en el fondo de mi corazón, sino también en el mundo que me rodea, en la Naturaleza y en el Cosmos. Consigo que mi vivir tenga un buen hilo argumental y quede bien enhebrado, adquiriendo con ello sentido, si me dejo inspirar y guiar por esa inmensa energía cósmica y divina que es el Amor.

Deshago, sin embargo, toda esa delicada labor hilandera y tejedora, destruyo la urdimbre y la trama de mi vida, cuando me dejo invadir por el vaho nihilista del sin-amor, que es también el vacío negativo del sin-sentido, el negro agujero hueco y anulador que acompaña al absurdo. Del sin-amor, des-amor y anti-amor emerge una emanación tóxica, letal, oxidante, desmoralizante y destructiva, que va inevitablemente asociada a la ausencia de sabiduría, la ignorancia o ceguera intelectual, con sus lógicas y naturales secuelas que son la necesidad, la estupidez, la zoncería, la insania y la demencia, cosas todas ellas que parecen haberse adueñado de nuestro mundo.

* * * *

EL AMOR, EXPRESIÓN DEL SER

El Amor es una tendencia, fuerza o impulso que brota del Ser. Es una pura expresión, aparición o epifanía del Ser. Viene del Ser y va hacia el Ser. Por eso da vida, anima, alienta y sostiene a todo lo que es, a toda realidad, a todo lo que vive y existe. El Amor está en la esencia de todo ser, en su núcleo esencial, en su meollo constitutivo. De ahí que sea también fuerza afirmadora y potenciadora del ser. El Amor nutre y alimenta al ser, lo protege y cobija, lo cuida con cariño, lo cubre y arropa, lo ampara y envuelve con su caricia. El hombre está llamado a ser “el pastor del Ser” (según Heidegger); es decir, su destino no es otro que actuar como cultivador, cuidador o curador del Ser, ser su guía, vigilante y protector, porque esa es la función que le señala la llamada del Amor. Esa es su vocación innata y connatural, en la cual se realiza como persona. Pero hace falta mucha capacidad amorosa para ser un buen pastor.

Allí donde hay una huida del Ser se da también una caída o pérdida del Amor. Y viceversa: donde encontremos degeneración, apagamiento o ruina del Amor, comprobaremos que ello es consecuencia del olvido o huida del Ser. Y no puede dejar de señalarse que en este olvido o huida del Ser, como han diagnosticado destacados pensadores, está precisamente la raíz última de la crisis que sufrimos.

El Amor nos hace arraigar en el Ser. Hace que nuestras raíces vitales penetren hasta **el mundo del Ser** de donde extraerán toda su sustancia nutricia, trascendiendo **el mundo del devenir**. Nos hace ser en verdad y a fondo. Afianza, aumenta, fortalece y acendra nuestro ser. Nos ayuda a comprender lo que significa “ser” (en el sentido fuerte de la palabra). Nos lleva a conocernos y sernos en plenitud. Gracias al Amor nos hacemos esenciales, contactamos con nuestro ser esencial, que puede así manifestarse, crecer y expandirse.

Y no hay que olvidar que en el Ser (*Sein*) está el Sentido (*Sinn*), sin el cual no podemos vivir, no podemos tener una vida realmente humana. El ser humano es un ser en busca de sentido: el sentido es lo que más necesita y lo que ante todo debe buscar para desarrollarse humanamente y alcanzar la felicidad, aunque esto suela olvidarse. Y ese sentido que busca, que necesita imperiosamente, que anhela desde el fondo de su ser, no lo encontrará más que a través del amor.

Cualquiera habrá podido comprobar por propia experiencia esta íntima conexión entre ser y sentido, basada sobre la fuerza del amor, si se ha parado a reflexionar y mirar la propia vida durante unos instantes. Cuanto más verdaderamente soy, más

sentido tiene mi vida; cuanto más sentido descubro y pongo en mi vida, más me siento ser, más resplandece mi ser ante mis ojos (los ojos de mi alma). Cuando la vida rebosa amor, rebosa también sentido y significación, se eleva por encima de la insignificancia, el sinsentido y el absurdo, mostrando de forma radiante la plenitud y riqueza del Ser.

El desamor, el odio y el rencor, el sin-amor y el anti-amor, son hostiles al Ser; son expresión de la negación, del no-Ser, de la nada, de la nihilidad, del anti-Ser (con la consiguiente incursión en posturas nihilistas o nadistas). Por eso nos distancian del Ser: hacen que perdamos ser, que nuestro ser se vaya reduciendo y quede ninguneado o devaluado, como succionado por el negro abismo de la nada. Todas esas tendencias y pulsiones hostiles al Amor nos hacen des-ser o dejar de ser, nos des-realizan, aminoran lo que somos y trituran el “quien” que está en nosotros (ese quien personal, único e insustituible, que cada cual es). Dicho con otras palabras: nos hacen inesenciales (*unessential* que dicen los ingleses, *unwesentlich* en alemán), triviales y banales, hostiles a nosotros mismos, enemigos de nuestro propio ser. Nos alienan y enajenan, lo que es tanto como decir que nos alejan de nuestra propia esencia (“esencia” viene justamente del latín *essere*, “ser”).

Mientras el amor nos forma, eleva, construye y edifica, el desamor nos nihiliza, nos anula y nadifica. Cuanto más nos dejamos ganar por el desamor, más des-somos, más nos des-hacemos o des-construimos como personas, más desvalor o antivalor acumulamos, menos somos y menos valemos como seres humanos. El ser se esfuma y volatiliza en nosotros, quedando en la penumbra y en un oscuro ostracismo, para dejar paso a la agitación y el arrollador torbellino del puro devenir. En nuestra persona todo deviene y nada es. El no-ser acaba apoderándose por completo de nuestra existencia. *To be or not to be, that is the question*: “ser o no ser, esta es la cuestión”, la cuestión capital y decisiva.

EL FUNDAMENTO ÚLTIMO DEL AMOR

Toda forma de amor dimana del Amor divino que anima y sustenta la totalidad de la Creación o Manifestación universal. Dios, Sol eterno, que es Sabiduría y Amor, Luz y Fuego (Llama de amor viva), es la Fuente de cualquier expresión amable o amorosa que observemos en el mundo, desde la Naturaleza al mundo humano. La más pequeña muestra o manifestación de amor que veamos (hasta en las plantas y en los animales, o incluso en los minerales) no es más que una chispa de la gran hoguera o incendio del Amor divino que inunda el Cosmos.

La doctrina hindú llama a la Divinidad “Océano de amor” (*Premasagar* o *Prema-Sagar*, siendo *Prema* la palabra sánscrita que designa al Amor puro y sublime). Dios es el Océano de Amor, Luz y Vida en el que nos movemos, sobre el que flotamos, nadamos y navegamos. Es la fuerza de ese Amor infinito y eterno la que nos mantiene a flote y nos indica el rumbo que debemos seguir.

Sin el contacto con esta Fuente viva y perenne de Amor, en la que toda inclinación amorosa tiene su fundamento y de la que recibe su savia vital, el amor humano se marchita o se apaga, degenera, decae, queda viciado, se degrada y corrompe, llegando a convertirse en la antítesis de lo que esencialmente es y lo que debería ser.

Fray Diego de Estella(místico franciscano del siglo XVI)

“Todo nace de fuente viva de amor y todo lo que tiene ser viene esmaltado de amor, y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasión y amor, lo primero que vería en todo lo creado sería el amor del Creador”. Por eso los “amigos de Dios”, al igual que aquel antiguo filósofo que “enseñaba a sacar fuego del pedernal”, “de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor”. Fue el Santo Amor, como “buen hortelano”, quien ordenó a todas las cosas cumplir su función cuando las creó. “Si el aire me refresca y da vida, el Amor se lo mandó: que él por sí, como sea causa segunda, nada podría. Si el agua nos sirve y da sus peces y corre con grande ímpetu para el mar de donde salió, todo es para cumplir el mandamiento de amor. Finalmente, si el fuego da calor, si el cielo da luz e influencia criando diversos metales en la tierra, todo es para servicio y para regalo de un solo amigo que aquel Amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió”.

“¿Qué son, Señor, el sol y la luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano para intimarnos [trasmitirnos] tu grande voluntad de amor?”

Swami Ramdas

(maestro espiritual y místico hindú del siglo XX)

“El Señor es el Amor infinito. Nuestro cuerpo es su templo”.

“Dios es todo amor y toda piedad... La meta de toda vida es tener un corazón lleno de amor, y después vivir en el altruismo, la libertad y la alegría”.

“No es bueno decir que tememos a Dios; debemos *amarle*. Es únicamente por medio del amor como obtendremos de Él cuanto necesitamos. El temor nos aleja de Él. Debemos acercarnos a Dios de la misma forma que un niño se acerca a su madre: lleno de amor y de confianza... Debemos ver en Dios a nuestro padre y nuestra madre. Debemos amarle para darnos cuenta de cómo Su amor se revela a nuestro corazón. En nuestro corazón mora el Padre-Madre amoroso”.

Lao-Tse

(mítico fundador del Taoísmo chino, autor del *Tao-Te-King*)

“El Tao es la Madre misteriosa de todos los seres. Los cuida a todos con solicitud y amor”.

[Tao = el Principio eterno, lo Absoluto, el Misterio supremo, la Divinidad, el Logos, el Sentido, la Razón universal, la Raíz de Cielo y Tierra]

“El Tao es la Suprema Bondad (*Shang Shan*)”. Por eso es semejante al agua, que beneficia a todos los seres. “Quien está cerca del Tao mora en la Bondad mora en la bondad. Su corazón ama la profundidad y la caridad”.

“Los tres tesoros”, las tres virtudes cardinales, que permiten vivir en sintonía con el Tao, son, según Lao-Tse:

1º) el amor maternal o amor profundo (*tz'u*);

2º) la frugalidad o sobriedad (*chien*);

3º) la humildad, “no pretender ponerse al frente del mundo” (rechazar la *hybris*, la soberbia narcisista y mundana, el afán de poder). [Tao-Te-King ,

cap. LXVII]

Tz'u = piedad, compasión, amabilidad, “el amor que protege y nutre, la característica

sobresaliente del amor de una madre”. [Ellen M. Chen]
Después de explicar cómo quien ama profundamente está unido al Tao, Lao-Tse nos dice:

“El amor, en el ataque, vence.
En la defensa, es incommovible.
A quien el Cielo quiere salvar
Lo rodea y protege con su amor”.

(*Fu tzu, i chan tse sheng / i shou tse ku. / Tien Chiang chiu chih, / i tzu wei chih*).

William Law (1686-1761)

El más grande de los místicos ingleses, en su magnífica obra *The Spirit of Love*:

“Dios, el Creador, que es únicamente una eterna voluntad de toda bondad (*an eternal Will to all Goodness*), es sin lugar a dudas el Bendecidor de toda cosa creada (*the Blessor of every created thing*), y no puede dar de sí mismo nada sino bendición, bondad y felicidad, porque no tiene en sí mismo ninguna otra cosa para dar. Es mucho más posible para el Sol dar y emitir oscuridad que para Dios dar, ser, emitir o proyectar otra cosa que no sea bendición y bondad (*Blessing and Goodness*). Ahora bien, aquí está el Fundamento y Origen (*Ground and Original*) del Espíritu de Amor en la creatura: es y debe ser una voluntad de toda bondad (*a will to all goodness*); y no tendrás el Espíritu de Amor hasta que no tengas esta voluntad de toda bondad, en todo momento y en todas las ocasiones... El Espíritu de Amor no estará en ti hasta que no sea el espíritu de tu vida, hasta que no vivas libre, voluntaria y universalmente de acuerdo con él... El Espíritu de Amor únicamente puede amar, dondequiera que esté, adondequiera que vaya y se le haga lo que se le haga en cualquier circunstancia”.

“Dios es un Abismo de Amor universal, una Infinidad Triuna de Amor y Bondad, del cual no brotan sempiternamente más que los mismos dones de Luz y Amor, Bendición y Alegría. La adorable Deidad es un incesante y desbordante Océano, sin principio ni fin, de mansedumbre (*meekness*), deleite (*delight*), bendición (*blessing*), bondad (*goodness*), paciencia (*patience*) y misericordia (*mercy*)”.

“La bendición de todas las bendiciones es este Dios de Amor habitando dentro de tu alma y matando toda raíz de amargura, que es el dolor y tormento de todo amor terreno egoísta”.

Karl von Eckartshausen

(sabio, místico, filósofo y hombre de ciencia bávaro del siglo XVIII)

En el comienzo de su bello libro *Gott ist die reinste Liebe* (“Dios es el Amor más puro”) incluye una sentida oración, de la que extraemos algunos fragmentos:

“Tú eres el Amor. Sí, el Amor eres Tú, pues todas tus obras proclaman el Amor. El Sol naciente proclama tu Majestad y el esplendor de este amanecer, tu Bondad. Veo hoy de nuevo a mis seres queridos --mis padres, mi esposa, mis hijos, mis amigos-- que vienen a mis brazos. ¿Quién cuida de ellos, quién los ha protegido de los peligros de la noche? ¡Tú, Dios de la Bondad! ¿Y mi corazón no tendría que amarte? Amarte significa cumplir tus mandamientos; y tus mandamientos son Amor. ¿Qué me pide y exige el Ser misterioso e inconcebible que me creó? ¿Cuáles son las órdenes o mandatos del Señor dominador de

los mundos? ¡Amor! ¡Ama!, replica la Naturaleza entera; ¡ama a Dios, ámate a ti mismo, ama a tu prójimo!”

“Amor eres Tú. Hacerme semejante a Ti en amor es mi oficio y vocación como ser humano (*mein Beruf*). Todo me lo anuncia y enseña: esa es tu ley. El sentimiento de mí mismo, la conciencia de mi propio ser, lo ha escrito en mi corazón con letras indelebles: el deseo de ver feliz a todo el mundo a mi alrededor es el más dichoso y bienaventurado de los deseos”.